

“El fracaso de Syriza en Grecia ha pesado sobre toda la izquierda radical europea”. Entrevista a Gerassimos Moschonas

Por: Gerassimos Moschonas. 15/11/2023

El politólogo Gerassimos Moschonas es uno de los mayores expertos en la izquierda europea. Describe la nueva condición de los partidos socialdemócratas, más pequeños y menos sólidos, y ofrece un diagnóstico pesimista sobre el futuro de la izquierda radical, señalando en particular el obstáculo que supone la integración europea. La entrevista la realizó Fabien Escalona.

El 24 de septiembre, un antiguo banquero de inversión fue elegido líder de Syriza. El simbolismo es desestabilizador, dado que se trata del partido de la izquierda radical griega que, durante la década de 2010, había pretendido resistir al tratamiento de austeridad impuesto por las autoridades europeas. Syriza capituló, luego volvió a la oposición, antes de sufrir una bofetada electoral este año (<https://www.mediapart.fr/journal/international/260623/en-grece-la-droite...>).

¿Cómo entender semejante trayectoria? Más ampliamente, ¿cuáles son las causas de la reacción colectiva contra una izquierda radical que hace unos años estaba en pleno renacimiento, hasta el punto de poder competir con la socialdemocracia en su papel gubernamental? En cuanto a esta última, segunda familia política más poderosa de Europa, ¿ha demostrado una vez más su capacidad de resistencia, o ha continuado su declive?

En una larga entrevista, Mediapart planteó estas preguntas a Gerassimos Moschonas, catedrático de Política Comparada en la Universidad Panteion de Atenas. Es autor de importantes obras sobre la socialdemocracia europea (<https://www.versobooks.com/en-gb/products/1772-in-the-name-of-social-dem...>) y sobre los dilemas que plantea la integración europea a las familias partidistas de izquierda.

Mediapart: Usted lleva muchos años analizando las trayectorias históricas de la socialdemocracia y de la izquierda radical. En lo que respecta a la izquierda radical, no podemos sino constatar los retrocesos registrados por Syriza en Grecia y Podemos en España, tras su notable irrupción entre 2012 y 2014.

¿Podemos hablar de una década perdida?

Gerassimos Moschonas: No podemos entender lo que le ha ocurrido a la izquierda radical en su conjunto sin echar la vista atrás a un momento crítico y emblemático: cuando Syriza llegó al poder en 2015.

Entonces era el partido líder de la izquierda y del país, en una Grecia en el epicentro de la crisis económica que azotaba a la Unión Europea (UE). Con su resultado (36,34%) y su representación parlamentaria (149 escaños de 300), Syriza superó los mejores resultados históricos del Partido Comunista Italiano (PCI) y del Partido Comunista Francés (PCF), los dos principales partidos de la izquierda radical de posguerra en Europa Occidental.

Pero Syriza ha fracasado. Por la adversidad de las instituciones europeas, pero también por las debilidades de su propia dirección, culpable de cierto amateurismo estratégico. Su programa económico era más bien moderado, pero las autoridades europeas no estaban dispuestas ni a aceptarlo ni a negociarlo seriamente. Syriza jugó con los límites de esa entidad llamada UE, pero sin tener una idea suficientemente clara de lo que era.

En su opinión, ¿ayuda este fracaso a explicar otros fracasos en Europa?

El fracaso de Syriza ha tenido un impacto en esta familia política a escala continental. En cambio, si Syriza hubiera triunfado, sus partidos hermanos de la izquierda radical habrían tenido un modelo para movilizarse. El resultado fue “el fin de la posibilidad de un modelo”, por no decir la aparición de un contramodelo.

Se puede establecer una analogía con la unión de la izquierda en Francia durante la década de 1980, el experimento gubernamental más importante de Europa para promover un tipo de socialdemocracia de izquierdas. Su éxito final podría haber sido un modelo para la izquierda europea de la época.

Pero su fracaso, reflejado en la política de austeridad de junio de 1982 y su confirmación en marzo-abril de 1983, sirvió en realidad de modelo negativo. Desde entonces, la neoliberalización de la socialdemocracia europea se ha acelerado.

También es sorprendente observar que, desde la derrota de Syriza, las críticas a la UE se han vuelto menos optimistas entre los líderes de la izquierda, incluidos los radicales.

Cuando Syriza llegó al poder, desde las filas de la izquierda se criticó duramente a la UE. Y con razón, porque los países endeudados se vieron obligados a aplicar una austeridad violenta, económicamente irracional y contraria a los valores de la izquierda.

Si el caso griego ha sido tan emblemático es porque allí la crisis ha alcanzado una intensidad y una profundidad sin parangón en ningún otro Estado miembro, comparable a la Gran Depresión de Estados Unidos en 1929.

Salvo que la fuerza política que dijo “basta ya” se ha mantenido a raya. La UE ha demostrado su fuerza. Poco a poco se ha convertido en una máquina imponente, a pesar de sus debilidades. Incluso los partidos de extrema derecha ya no plantean la idea de un equilibrio de poder. Como la idea de abandonar la UE tampoco convence, la aceptación del statu quo parece -por el momento- inevitable.

Más que nunca, la UE se acepta como el marco en el que los Estados miembros llevan a cabo sus políticas. En la izquierda, entre las fuerzas que cuentan electoralmente, sólo Jean-Luc Mélenchon y su partido defienden una visión más combativa y aspiran a ampliar el margen de maniobra de un posible gobierno de izquierdas, asumiendo el riesgo de un enfrentamiento con las instituciones europeas.

Volvamos a Syriza. Con el 17,8% de los votos el pasado junio, el partido ha caído más este año que cuando pasó a las filas de la oposición en 2019. ¿Cómo se explica esta brecha, cuando su fracaso ya era evidente entonces (<https://www.mediapart.fr/journal/international/080719/l-echec-de-syriza-...>)?

El descenso en 2023 se debe a su actitud en la oposición. Sin embargo, esta fue una oportunidad para que Syriza corrigiera las debilidades de su imagen. La experiencia de gobierno de 2015 a 2019 ha debilitado la popularidad y la credibilidad del partido.

Se ha desarrollado una “corriente anti-Syriza”, que critica al partido por su falta de fiabilidad tras el irrespetado resultado de un referéndum celebrado contra las

políticas de austeridad, su falta de eficacia en la gestión debido a la pobreza de su personal político y su discurso estereotipado que demoniza a sus oponentes.

Pero el gobierno de Syriza también ha tenido algunos éxitos. Como el importantísimo acuerdo de Prespa (https://fr.wikipedia.org/wiki/accord_de_Prespa) sobre el nombre de la Antigua República Yugoslava de Macedonia, una cierta reducción de la pobreza extrema y la promoción de medidas culturales liberales.

El problema de Syriza para el periodo 2019-2023 es que ha sido una oposición poco profesional, sin un plan real y alejada de la opinión pública. La sociedad griega, desmovilizada tras el impulso de 2015, decepcionada por las promesas incumplidas y, sobre todo, cansada por una larguísima crisis económica, ha interiorizado los condicionantes internacionales que han hecho imposible una “política alternativa”, de modo que ha aspirado a una cierta “normalidad”.

En mi opinión, la dura derrota electoral de Syriza en 2023 no se debe, por tanto, a su mandato como gobierno ni al ejercicio del poder. Syriza tuvo cuatro años enteros para renovarse, pero de hecho se suicidó en la oposición.

Algunos partidos fracasan porque son demasiado radicales o demasiado moderados. Syriza es otro caso: ha sabido combinar el radicalismo verbal con la falta de planes ambiciosos para reformar el modelo socioeconómico de Grecia. El partido se ha distanciado tanto del centro como de la izquierda, por lo que ha perdido en todos los frentes.

Un candidato inesperado ganó la votación interna del 24 de septiembre para designar al sucesor de Aléxis Tsípras al frente de Syriza. Se trata de un antiguo empresario de 35 años, Stéfanos Kasselákis, que hizo fortuna en Estados Unidos. ¿Qué podemos deducir de esto?

Cuando se injertan las primarias en una organización sin redes significativas, puede pasar cualquier cosa. Eso es lo que acaba de ocurrir. Este extravagante escenario se hizo realidad gracias a una estructura general bastante anémica. No obstante, hay que señalar que una parte de la tendencia presidencial de Syriza, que hasta entonces había estado detrás de Tsipras y que había hecho de su apoyo al líder su razón de ser, tomó la decisión táctica -y bastante cínica- de patrocinar la candidatura de Stefanos Kasselakis.

El perfil de Stefanos Kasselakis, por lo que se puede reconstruir, está muy orientado hacia el liberalismo cultural. Según mis cálculos, alrededor del 70% de las referencias de su programa se refieren a la eficacia del Estado y sus instituciones, la transparencia, la responsabilidad y la meritocracia. Su populismo es poco sofisticado y no tiene nada en común con las versiones sofisticadas propuestas por Mélenchon o Podemos.

Lo que es seguro es que Syriza va camino de una gran transformación. Pasará por muchas fases: éxitos, crisis y quizás episodios dramáticos o ridículos dominarán las noticias. La estabilización promete ser muy difícil.

Aquí, La France insoumise (LFI) ha salido reforzada de la secuencia electoral de 2022. ¿Qué lugar ocupa dentro de la izquierda radical europea?

Hablamos de una familia muy plural. Con una rama comunista que busca perpetuar su tradición, una rama de ascendencia comunista que busca más adaptarse tras el colapso del bloque soviético, y una rama “nueva” (<https://www.liberation.fr/debats/2017/08/30/la-gauche-radicale-qui-vient...>) con formaciones como el Bloque de Izquierda en Portugal, Podemos en España, Syriza en Grecia y LFI en Francia.

Los Insumisos se distinguen por una organización muy informal y centrada en los líderes, en contraste con los partidos de izquierda más tradicionales, como el Bloque y Syriza, que cuentan con militantes y tendencias organizadas en su seno. Durante un tiempo, Mélenchon también adoptó un lenguaje populista que no se utilizaba realmente en otros lugares, aparte de Podemos. En cuanto al programa, por último, LFI es un poco más radical que los demás miembros de su familia política.

“Estamos entre la espada y la pared en toda Europa”, observó Jean-Luc Mélenchon en 2021. ¿Cómo entender el débil impulso global de la izquierda radical?

Hay muchas razones. Dado que los sistemas nacionales de partidos están actualmente muy fragmentados, la izquierda radical participa a menudo en el gobierno dentro de coaliciones. Sin embargo, esta participación no cambia significativamente la dirección general de los gobiernos, lo que no crea una dinámica electoral.

Desde un punto de vista más general, la Unión Europea es un marco desfavorable para la política radical. No hay lugar para alternativas reales en una construcción policéntrica con veintisiete miembros donde el compromiso es el rey.

Este sistema funciona fundamentalmente en el “centro”, contra los radicalismos periféricos de todo tipo. El único margen de maniobra se encuentra en ciertas políticas sectoriales, pero no en la acción pública en general.

En mi opinión, a escala de diez o veinte años, las posibilidades de que una izquierda radical triunfe ideológicamente son mínimas en Europa. Y las políticas de salida no se exploran realmente, porque conllevan un grave riesgo de marginación electoral. Tal y como están las cosas, ni el europeísmo ni el antieuropeísmo ofrecen una respuesta electoral convincente en la izquierda.

En general, los partidos de izquierda radical con más éxito de la última década pueden describirse como partidos “neorreformistas” (<https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/07393148.2023.2235213?forwar...>), como LFI. Estos partidos tienden a funcionar como una especie de socialdemocracia de izquierdas, sin las estructuras organizativas, los vínculos sindicales y el margen de maniobra que tenía la socialdemocracia de posguerra.

La familia socialdemócrata lleva mucho tiempo en declive electoral, pero ¿cómo ha cambiado esto en los últimos años? Cada vez que se produce una victoria electoral, se habla de “resurgimiento”...

La tendencia a la disminución de su peso electoral afecta a casi todos los países, se confirma decenio tras decenio y se acentúa con el tiempo. En comparación con los años 50 y 60, el peso electoral de la socialdemocracia se ha reducido en más de un tercio. Sus partidos han cambiado de talla y se han hecho más pequeños y menos sólidos. Desde la década de 2000, se ha producido una aceleración de su declive, que incluso se ha acentuado en los años 2010-2023.

En 24 países europeos, la media electoral de la socialdemocracia desde 2010 es del 22,67%, sin contar las últimas elecciones. Y la media para las elecciones más recientes es del 18,8%. Por supuesto, hay victorias socialdemócratas aquí y allá. Pero la tendencia general es a la baja. Sólo en Portugal (41,4% en 2022) y Malta (55,1% en 2022) los socialdemócratas obtienen excelentes resultados.

Ha habido casos espectaculares de colapso electoral, bautizados como “pasokificación”, en referencia al hundimiento del partido griego Pasok tras su llegada al poder en 2009. Pero, ¿cómo explicar un fenómeno que ha afectado a partidos muy diferentes (el PS francés (<https://www.mediapart.fr/journal/france/120617/ps-un-cas-rare-d-effondre...>) y el PVDA holandés (<https://www.mediapart.fr/journal/international/160317/pays-bas-les-socia...>)), cuando no ha afectado a otros partidos del sur de Europa?

En el contexto de un declive electoral general, el hundimiento de ciertos partidos no es un hecho totalmente “anormal”. Tampoco es sorprendente que los partidos socialistas de España y Portugal sigan en el poder, en la medida en que no hay equivalencia posible con el Pasok en lo que respecta a la crisis de la deuda soberana. La política de austeridad impuesta a Grecia por sus acreedores ha sido de una violencia sin precedentes, y no se ha visto en ningún otro lugar. Y la mayor parte de la caída del PIB del país se produjo bajo el Gobierno de Giórgos Papandréou [ex primer ministro y líder del Pasok – nota del editor].

Sin embargo, los partidos que se hundieron tienen algo en común. En un importante estudio histórico (<https://www.monde-diplomatique.fr/2012/11/PIEILLER/48392>), el investigador Stefano Bartolini distinguió entre países en los que la división de clases había sido muy movilizadora, con un poderoso movimiento obrero, y otros en los que esta división había estado “inframovilizada”.

En el primer grupo se encuentran países como Suecia, Dinamarca, Austria y Noruega. En el otro grupo, el de la división de clases “inframovilizada”, encontramos a Francia, Países Bajos e Italia. No olvidemos que fue Italia la que vio hundirse por primera vez un partido socialista en 1994. A esta lista habría que añadir probablemente a Grecia, y por tanto a Pasok.

Los países que han sufrido la “pasokificación” se caracterizan históricamente por una división de clases “poco movilizada”. Podemos plantear la hipótesis de que lo que une a estos casos es una vulnerabilidad estructural particular, que ciertamente no basta para explicar los colapsos, pero proporciona un punto de partida interesante para entenderlos.

En cualquier caso, sus cifras sugieren que el declive de la socialdemocracia se debe tanto a cambios estructurales a largo plazo como a decepciones causadas por las élites socialdemócratas a más corto plazo.

Cualesquiera que sean las diferencias entre los partidos socialdemócratas (más a la izquierda o a la derecha en el frente económico, más o menos liberales en el frente cultural), ninguno ha escapado al declive electoral.

Desde los años 70, sabemos que el declive del empleo industrial ha reducido el potencial electoral de la socialdemocracia. Pero los partidos se adaptan y se renuevan ante este tipo de cambios. La capacidad de los partidos socialdemócratas para reafirmarse como fuerzas ganadoras siempre ha dependido de su capacidad para adaptarse a las nuevas situaciones. El problema actual es que los fuertes condicionantes de la globalización y la integración europea han limitado esta capacidad de adaptación.

Nos enfrentamos a una gigantesca contradicción. Por un lado, la socialdemocracia ha visto drásticamente reducida su flexibilidad estratégica. Por otra, sus estructuras organizativas son más flexibles que nunca. La dirección del partido se ha reforzado y está mucho menos limitada que antes por el peso de los sindicatos, la base militante o las grandes ideologías.

En el pasado, sin embargo, los grandes cambios en la identidad socialdemócrata coincidían con las grandes crisis del capitalismo. Este ya no es el caso desde 2008. Entonces, ¿qué ha ocurrido?

Es cierto que, tras su formación a finales del siglo XIX, la socialdemocracia se refundó en los años treinta en respuesta a la Gran Depresión y al ascenso del fascismo. Sin embargo, tras la “gran recesión” de 2008, no hubo tal refundación. Los colegas politólogos han medido un giro a la izquierda en los programas, pero apenas se ha notado en las políticas públicas.

En el primer periodo de la crisis que comenzó en 2008 (<https://www.mediapart.fr/journal/economie-et-social/040623/le-capitalism...>), las élites gobernantes, incluso las neoliberales, demostraron que habían aprendido las lecciones de los años treinta. Reaccionaron de forma expansiva, practicando un keynesianismo de emergencia, es decir, sin ningún potencial redistributivo. Esto dejaba poco margen para afirmar la “diferencia específica” de las recetas keynesianas tradicionales.

En una segunda fase, sin embargo, estas mismas élites se pasaron al programa de austeridad. La UE trató a sus miembros más endeudados como países “extranjeros”, olvidando las lecciones de los años treinta. La oportunidad era por tanto mucho mayor, y el Partido Socialista Europeo (PSE) adoptó una agenda política de “re-social-democratización” supranacional.

El problema fue que los miembros del PSE siguieron las prioridades de su política interior, según una lógica estrechamente nacional, y convergieron con sus rivales de la derecha en una lógica de rigor presupuestario. Esta elección ha colocado a los socialdemócratas del lado del statu quo.

Ahora se plantea una pregunta cruel: si la socialdemocracia no ha conseguido renovarse en este contexto, ¿qué más tiene que pasar para que supere su estancamiento programático?

En efecto, la socialdemocracia ha perdido lo que para ella era el gran juego: el control de la modernización capitalista, el encuadramiento político de la globalización, la orientación de la UE, la reducción de las desigualdades, la atribución de respeto económico y valor moral a los más desfavorecidos. Su

incapacidad para ser un polo identitario fuerte en los sistemas de partidos nacionales ha conducido a su incapacidad para ser un polo electoral poderoso como en el pasado.

[Gerassimos Moschonas](#)

catedrático de Política Comparada en la Universidad Panteion de Atenas. Es autor de importantes obras sobre la socialdemocracia europea y sobre los dilemas que plantea la integración europea a las familias partidistas de izquierda. Fuente:

<https://www.mediapart.fr/journal/international/171023/l-echec-de-syriza-en-grece-pese-sur-toute-la-gauche-radicale-europeenne>

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Sin permiso

Fecha de creación

2023/11/15